El príncipe las leía anquiria informes minuciosos de los candidatos, y no encontrando nada aceptable abandonaba el negocio.

A los tres meses repetia el anuncio, que preocupaba durante ochó dias la atencion pública, sin que nadie pudiera sospechar quien fuera el autor misterioso.

VII

Parece casi supérfluo advertir que el príncipe vestía con una elegancia irreprochable. Tal vez aquella elegancia no correspondiera á sus años, pero de ningun modo le hacia aparecer ridículo.

Aquel dia el príncipe de Castel-Vivant llevaba un pantalon de cutí blanco, una levita negra, chaleco blanco, estrecha corbata azul y cuello bajo.

Guantes de color grís perla con tres botones, dibujaban sus finos y largos dedos.

Una roseta multicolor de las mas pequeñas adornaba el ojal de su levita, y por último, llevaba pendiente de un finísimo cordon de seda sus lentes.

Lazarine, al dejar el salon, entró rápidamente en el cuarto de su padre.

Este se hallaba tendido en un divan y fumaba en una gran pipa.

En aquella actitud y con la misma ocupacion, pasaba gran parte del dia.

Levantó la cabeza al oir á su hija.

—¿Qué significa el ruido de un carruaje que acabo de oir?—preguntó con tono áspero.

—Una visita para tí, papá—respondió Lazarine.

El ex-banquero no ocultó su disgusto.

—Pero bien; supongo que esa visita se habrá marchado.

—Nada de eso; te está esperando en el salon.

—Pues voy á echar á la calle al idiota del criado, que, á pesar de mi terminante órden de que no reciba á nadie, le ha introducido—exclamó furioso Julio Leroux.

—José es inocente, mi querido papá.... El ha cumplido con tu órden; soy yo la que ha intervenido y he hecho entrar al príncipe... porque se trata de un príncipe.

—¿Y á mí qué me importa el príncipe? Ve tú á hacerle la visita, porque yo no quiero bajar.

—Eso es imposible.

—¿Como?

—Que es imposible, repito. El príncipe sabe que estás en tu cuarto y que yo he venido á anunciarte la visita. El no querer verle seria una falta imperdonable.

—Me importa poco ser ó no político.

—Te has convertido en un oso; estás desconocido completamente; pero te anuncio que Castel-Vivant es el hombre mas susceptible del mundo. Encontraria muy feo tu proceder y te pediria una satisfaccion.

—¿Te crees que yo tengo miedo á un duelo? —exclamó el ex-banquero.

—Yo no pongo en duda tu ardor bélico; eres valiente como la espada que no tienes. Pero los preliminares de un lance traerian millares de tonterías que es necesario evitar.

—Se me quiere obligar, y yo protesto.

—Protesta todo lo que te dé la gana, pero baja.

—¿Y como voy á hacerlo con esta barba sin arreglar y este traje tan sucio?

—Te doy diez minutos de tiempo para que te arregles como quieras; yo se lo diré al príncipe, y pasaré el tiempo hablando con él, y positivamente se le hará mas corto.

Y sin esperar la respuesta de su padre, furioso pero obediente, salió del cuarto, bajó rápidamente al salon donde se hallaba el príncipe.

Desde que vió al príncipe, la jóven habia recobrado su vivacidad parisiense, perdida en aquel destierro. La metamórfosis se habia operado tan completa como repentina. Tomó

al príncipe de la mano, le condujo á su canapé y se sentó á su lado.

—Papá bajará dentro de cinco minutos, mi querido príncipe. No os asombre si desde luego no os expresa la alegría que le produce vuestra visita... Porque, os lo repito, mi padre ha cambiado mucho... pero mucho. Vos ejerceis sobre él gran influencia.... Y si os quisiérais tomar la molestia de aconsejarle....

—Estad segura, mi hermosa niña, que yo haré todo lo posible por complaceros.

—Ya estoy tranquila; y ahora, querido príncipe, hablemos si os pasece de cosas mas agradables. ¿Desde cuando estais en Loiret?

—Desde ayer noche. Ya veis que no he perdido el tiempo para venir á ofreceros mis respetos.

—Ya os he dicho antes que sois un hombre ideal. ¿Y vuestra permanencia será larga?

—No, cuento volver á París antes de un mes.

—¿De qué afortunado mortal sois el huésped.... mi querido príncipe?

—¿No conoceis al que iba conmigo esta mañana de caza?

—Le conozco de vista por haberle encontrado en el monte, pero ignoro su nombre.

—Es el marqués de la Tour du Roy.

—¡Ah!—dijo con gran sencillez Lazariné.

—¿No os dice nada ese nombre?

—Absolutamente nada, y creo que ésta es la primera vez que le oigo.

—Pues bien, el marqués es un señor muy rico y un gran admirador vuestro.

La jóven se echó á reir.

—¡Un admirador mio! Supongo que no gastareis conmigo bromas tan pesadas.... ¿Me conoce por ventura?.... lo dudo.

—Os conoce y sabe quien sois, y el encuentro de esta mañana, segun me ha dicho, era el cuarto.... siempre poco mas ó menos en el mismo sitio, pues parece que os agrada dar paseos por el monte.....

Lazarine, á pesar suyo, enrojeció imperceptiblemente.

—Cuando llego al campo, abandono las riendas por completo á mi caballo y me conduce á donde quiere.

—Y tiene razon al conduciros por esos sitios.... los montes del marqués son magníficos. No os podeis figurar, encantadora niña, la alegría de mi querido marqués al saber que me honraba con la amistad de vuestro padre.

Lazarine no preguntó de qué provenia aquella alegría, pues lo habia adivinado en el acto.

La conversacion se hallaba interrumpida por unos segundos, cuando entró en el salon Julio Leroux.

El ex-banquero se habia afeitado y vestido

por completo. No se habia desarrugado todavía el ceño, pero tampoco su fisonomía revelaba disgusto en aquel instante.

Estrechó la mano del príncipe, y la jóven, dando muestra de exquisito tacto, y deseando dejar al príncipe en completa libertad de accion, hizo una profunda cortesía y se retiró silenciosamente.

Los preliminares del diálogo fueron difíciles. Julio Leroux se mantenia en su espantosa frialdad, y el príncipe de Castel-Vivant, á pesar de su experiencia y su mundo, no se atrevia á romper el hielo.

Por fin el príncipe, sin duda en su calidad de antiguo diplomático, se sobrepuso al banquero, y gradualmente consiguió traerlo á la antigua y estrecha intimidad de camaradas, que la ruina de aquel habia interrumpido.

—Ahora, mi amigo—dijo el príncipe cuando hubo conseguido su objeto,—vengo á solicitar un gran favor.

—¿Un gran favor?—replicó el ex-banquero sonriendo, lo que no le habia sucedido despues de muchos meses.

—Sin duda.

—Yo hubiera comprendido eso en otro tiempo, cuando era diez veces millonario; pero hoy estoy arruinado y soy impotente. ¿Qué se pue-